

No soy Yo

Hugo Dantés

Image not found.

Capítulo 1

1:11 am

No estaba seguro si era mi falta de sueño o alguna ilusión óptica. Confundido y un tanto aterrado decidí no moverme por unos momentos, esperando que tampoco ella lo hiciera, ¿Cómo lo iba a hacer?, una extraña mezcla de miedo y desconcierto me mantenían en la misma posición. Podía correr y apagar la luz, o tal vez de un salto podría hacerlo sin que ella me alcanzara, podía cerrar los ojos para no verla, pero eso no la haría desaparecer. También podría esperar el alba y verla desvanecer poco a poco, si es que no hacía algún movimiento antes que eso ocurriera. ¿Correr?, sí, podía correr pero sin duda alguna iría detrás de mí acechándome paso a paso, prácticamente ligada a mí como una extensión de mí mismo.

No sé cuanto tiempo pasó mientras analizaba las opciones que tenía, pero ninguna de las mismas parecía viable. Teníamos que llegar a un acuerdo. Opté por realizar ligeros movimientos corporales, sutiles, casi imperceptibles, para ver su reacción; parecía como si cada uno de estos movimientos le daban fuerza, se alimentaba de cada uno de ellos, hacía lo mismo y un poco más. Movía ligeramente mi mano y ella lograba alzar su brazo entero, movía mi pie y ella alzaba toda la pierna.

En cuestión de segundos, rompiendo la tensión para elevarla aún más vi como Mirlo (mi estimado amigo felino de color oscuro que amaba y odiaba al mismo tiempo) bajó corriendo en sus cuatro patas y sin saberlo, enfrente de mí, me dio el espectáculo que tanto temía, pero que dada la situación era el contexto ideal, la incubadora perfecta de lo desconocido. Definitivamente me aterró, lo había escuchado y sabía que llegaría el día. Aterrado no me quedo más que ver semejante escena, congelado, no fuera que cualquier ligero movimiento la despertara a ella. Mientras Mirlo jugaba con su pelota vieja y descolorida, no se daba cuenta que justo en ese momento se desprendía de la suya, se separaban poco a poco, giro tras giro, brinco tras brinco, manotazo tras manotazo. No podía dar cabida a lo que veía, ahora eran dos brincando de un lado a otro, trepándose por las paredes, rascándose en las sombras de la mesa, afilando sus uñas en la sombra de los sillones, siendo libre en su dimensión sombría.

Nosotros dos seguíamos ahí, como si nos estuviéramos viendo, clavando la mirada, el terror ya se había apoderado de mí, ¿Qué sería de mí?, podría darle su libertad, dejarla ir, ¿Se apoderaría de la casa? ¿Qué dirían los demás? ¿Sería el mismo sin ella? Ya había escuchado historias de

algunas que regresaban a sus antiguos dueños.

Ya estaba cansado de mirarnos por tanto tiempo, ella no se movería antes que yo lo hiciera (con suerte), pero decidí darle lo que quería, lo que me pedía, ya había estado conmigo por 30 años y como forma de agradecimiento podía otorgarle su libertad, pero el simple hecho me aterraba. No sabía que hacer, mi cuerpo era aún presa del miedo, comencé a mover los dedos de mis manos y ella comenzó a mover los brazos enteros de una forma un tanto torpe, espantosa y tétrica, tal vez porque nunca había realizado movimiento alguno por su propia voluntad sin que antes yo marcara la pauta. Después moví los pies en un compás que parecía marcar los tiempos de una melodía lúgubre y vieja mientras ella comenzaba a levantar los suyos, uno por uno, sin dejar de mover los brazos. Aquello era ya una escena extraída de un cuento mágico de horror, comenzaba a divertirme un poco y a disfrutar del ritual que tarde o temprano llegaría y no podría escapar ser parte del mismo, ella también se divertía. Poco a poco fue inyectando fuerza a sus movimientos, a su independencia.

Aún seguía ahí, a mi lado, detrás mío, de pronto comencé a sentir una extraña sensación, como si me sacaran el aire poco a poco, cosa que me hizo no darme cuenta que ahora ella tiraba fuertemente y yo volvía a sentir lo que cuando chico te daban un balonazo en plena boca del estómago. Ella, se sujetaba fuertemente de la sombra del sillón, tiraba con todas sus ganas, empezaba su vida, se desprendía poco a poco de mí, si bien no se veía, si se sentía. Comenzaba a alargarse y extenderse por toda la pared, más y más, proyectando algo que físicamente yo no era. Sentía el cansancio, tenía frío. A medida que seguía moviéndome, ella tiraba con más fuerza, era como asistirle en su propio parto, algo nuevo para ambos, el ritual era tan real como lo había escuchado. De pronto, cual golpe propinado, caí al suelo como consecuencia del tiempo y esfuerzo ayudándola a separarse de mí. Consumado estaba. 1:16 am.

...

No se ha olvidado de mí, todos los días dejo la luz de la sala encendida o prendo las velas y cierro las cortinas, esperando a que entre por alguna orilla y me deje contemplarla por unas horas antes de desaparecerse con la luz. Mi sombra no soy yo.